

especialmente los griegos y los judíos. De estos los primeros fueron los maestros literarios de los romanos y practicaron la medicina, y los segundos se dedicaron al comercio en la capital y en los principales puertos, como Brindis, Puteoli, Ostia y otros. La población libre de la península itálica (de la cual el Sur sabelio había sido asolado desde el tiempo de Sila, y el Lacio se veía absorbido por Roma) no había podido naturalmente progresar en tales circunstancias, reduciéndose su número a siete millones de almas.

IV.—CÉSAR NUEVO IMPERATOR DEL ESTADO ROMANO. REFORMAS DE CÉSAR

El estado de cosas que analizamos demuestra hartamente que el período del antiguo gobierno republicano iba a desaparecer para siempre; pero tampoco podía entronizarse de nuevo la monarquía. Los recuerdos de los elementos políticos y de las clases gobernantes del mundo itálico estaban desde tiempo inmemorial intimamente ligados con las formas del Senado y de los comicios en la vida del Estado. El nombre de monarquía era en Italia objeto de desprecio, cuando no de repulsión: ni el mismo César supo encontrar el camino por el cual las generaciones de la Edad media y de los modernos tiempos han procurado, y muchas de ellas conseguido, aliar la institución monárquica con cierta mesurada libertad. Que los vencidos partidarios de la República aristocrática odiasen de muerte al nuevo jefe del Estado, era natural, por muy mala que hubiese sido, de muchos años a aquella parte, la administración republicana, y por muy incapaces que se creyeran de mejorar el estado de cosas con los medios que a su disposición tenían. Pero tampoco estaba muy satisfecha la democracia, pues debió reconocer que las luchas que durante tantos siglos había sostenido contra el Senado no habían hecho mas, a semejanza de lo acontecido en las luchas intestinas de Grecia, que elevar a la tiranía al mas grande de los demagogos romanos. Y así era en efecto; pues César, una vez conseguido su objeto, había de proclamarse tirano, en el sentido que entonces se daba a esta palabra. La tiranía que había ya germinado en la política de Cayo Graco, no podía permanecer por mas tiempo oculta, no quedándole a César mas recurso que fortalecer su nueva soberanía, cambiando las formas políticas que hasta entonces habían estado en uso. Su repentina muerte impidió al nuevo señor del mundo decidir hasta qué punto podría consentir la competencia del Senado y de los comicios, nacida de la conservación nominal del edificio republicano. Era natural que mas tarde ó mas temprano se intentase evitar la ruina definitiva de la forma republicana, que César premeditaba. Fué destino fatal de Roma que el éxito del golpe intentado contra César impidiese que la monarquía se abriera paso franco, aunque sin el nombre de tal, por entonces; pues no solo hubo que lamentar los 13 años de agonia de la república, con los horrores de una conflagración universal a ella anejos, sino tambien que en manos de los sucesores de César, que comenzaron a levantar el edificio político sobre otros cimientos, se preparase el funesto carácter que había de presidir en la historia romana durante muchas generaciones posteriores: a saber, la espantosa contradicción entre la forma y el fondo, entre el nombre y la realidad de la vida del Estado romano. El orgulloso buque de César se estrelló muy pronto contra el odio implacable de los partidos y contra la repulsión que les inspiraba el solo nombre de monarquía; pero se conservaron las importantes reformas y las innovaciones que en la administración introdujo, durante el período de su dominación, con su gran perspicacia, con la fuerza sin igual de su inteligencia y con la elasticidad y multiplicidad de sus talentos.

A su regreso del Africa, el Senado había colmado al nuevo señor de honores y distinciones, de las cuales la mas importante, bajo el punto de vista político, fué el nombramiento de dictador por espacio de diez años, nombramiento que en el año 44 hizose conceder César para toda la vida. Su dictadura fué una especie de regencia parecida a la de Sila, aunque sin los sangrientos horrores que la imaginación de los romanos consideraba anejos a aquella forma de gobierno, desde los días del temible optimato. Además de este poder ilimitado se concedió a César un derecho especial, en virtud del cual podía por sí y ante sí decidir la paz y la guerra, disponer de la caja y del ejército del Estado, nombrar a los gobernadores de provincias, y ejercer las facultades de censor, de las cuales era una el nombramiento de los senadores. En algunas ocasiones ejerció tambien con la dictadura el consulado. Respecto de los comicios, se limitó a usar del derecho de proposición para una parte de los pretores y de los funcionarios de baja categoría. Es probable que César no quisiese conservar la dictadura mas que hasta haber llevado a cabo la transición del orden de cosas entonces existente a otro de mejores condiciones. Se hizo conceder la inviolabilidad de los tribunos y nombrar *imperator* durante su vida, situación que había de ofrecerle los medios para dar forma a la nueva monarquía; de manera que el nuevo emperador reunía bajo este título todas las atribuciones de los antiguos reyes, los mas altos poderes militares, jurídicos y administrativos, con lo cual, el Senado, de asamblea gobernante, desde hacia cuatro siglos, pasó a ser simple Consejo de Estado, mientras que el emperador reunió en su persona todo el poder de los principales cargos. En el año 44 apareció en las monedas del Estado el busto de César. Los comicios, las asambleas populares, debían sancionar las leyes y disposiciones del emperador, lo cual, en la condición a que habían quedado reducidos, no tenía mas que un valor nominal. El Senado fué considerablemente aumentado, ya para llenar las vacantes que en él había causado la guerra civil, ya porque César quiso recompensar a muchos de sus partidarios, entre ellos a algunos que no eran itálicos, y que podían de esta suerte contener a la oposición. El número de senadores fué elevado a 900, a los cuales habían de unirse mas adelante los cuestores, que desde entonces fueron elegidos anualmente en número de 40. En punto a administración de justicia, se conservaron, en su parte esencial, los mismos procedimientos, restableciéndose la ley que disponía que los asesinatos políticos no fuesen castigados con la muerte, sino con el destierro. Las plazas de jurados se distribuyeron entre los caballeros y el Senado. Segun parece, de los decretos de los administradores de la nación podía apelarse enalzada al emperador.

Entonces se abordaron las grandes reformas en la administración, que en su mayor parte sirvieron de fundamento a la obra que Augusto y sus sucesores llevaron a cabo. César, como emperador, se hizo cargo de la hacienda, que hizo administrar, así como el sistema monetario, por sus libertos y esclavos. Se aseguraron los cuantiosos ingresos del Estado con el mayor orden y regularidad introducidos en la administración, cuyas felices consecuencias quedaron en parte debilitadas por dos graves inconvenientes. En efecto, César, para la recaudación de las contribuciones indirectas, dejó subsistir el sistema de arrendamientos, suprimiéndolo en la de las directas. Estas las percibía el Estado ya en prestaciones naturales, segun las condiciones de las provincias, ya convirtiéndolas en impuestos fijos, de los cuales se sacaban los totales de cada uno de los distintos contribuyentes. La libre distribución de cereales a los proletarios romanos, que desde Clodio (58) se hacia gratis, fué notable-

mente modificada y convertida en un verdadero sosten de los pobres, desde el momento en que se anuló para los que, teniendo con qué vivir, se aprovechaban de la munificencia del Estado. Los 320,000 romanos que antes alimentaba el Estado quedaron reducidos a 150,000, revisándose además anualmente las listas. Las contribuciones fueron asimismo revisadas y extraordinariamente disminuidas, ya por haberse condonado todo impuesto a algunas municipalidades, como Ilión, ya por haber hecho a otras importantes rebajas. La provincia de Asia, por ejemplo, quedó libre de la tercera parte de sus cargas. A pesar de esto y de los nuevos gastos que el aumento del contingente de tropas y del sueldo del soldado (que se elevó a 900 sesteracios ó sean 790 reales) hizo indispensables, consiguió el imperante, con sus inteligentes reformas y una bien entendida economía, excelentes resultados y pudo, no solo nivelar los gastos con los ingresos, sino obtener muchos sobrantes.

Mucho mas difícil era naturalmente la tentativa de contrarestar la decadencia interior del pueblo romano; pero tambien en este punto se hizo todo lo que permitian los medios exteriores. Roma, en donde los judíos habían establecido con éxito su culto, debía ante todo quedar libre de las masas peligrosas de proletarios. Prescindiendo de la energía con que se procuró restablecer la seguridad pública, y de la preferente atención que se concedió a un buen régimen de policía, se prepararon y verificaron una serie de colosales empresas constructoras, que, al paso que servían de pública utilidad y atendían a la belleza arquitectónica, debían proporcionar el sustento a gran número de trabajadores pobres. Pero el medio principal que para su objeto empleó César fué restablecer el sistema de Graco, facilitando la emigración a las provincias, estableciendo convenientemente a los emigrantes y haciendo de ellos ciudadanos acomodados. Cayo Graco fué el primero que intentó salvar la valla que la república aristocrática había alzado entre la Italia romana y las comarcas de los demás súbditos, estableciendo además que los bienes de las municipalidades sojuzgadas serían jurídicamente considerados como bienes privados del Estado, en cuanto este no los hubiese cedido a aquellas ó a los particulares en virtud de actos especiales, y que, por lo tanto, los actuales poseedores «solo tenían una posesión consentida y de la cual podía privarse en cualquier tiempo.» César hizo de esa teoría radical el fundamento del nuevo derecho público monárquico, para colonizar, con los proletarios de la capital y de la península y con sus veteranos, las provincias, cuya romanización podía conseguirse por este medio. Esta fué una parte de su obra que despues Augusto desarrolló en mayores proporciones. Durante su corto gobierno, consiguió César llevar a las provincias ultramarinas a 80,000 de estos colonos. La antigua Galia transalpina, y especialmente el territorio conquistado a los masiliotas fueron las que mas sirvieron para la obra colonizadora; así es que desde el año 46 se establecieron colonias en Narbona, Beterre (Beziers), Arelate (Arles), Forum Julii (Frejus) y Arausio (Orange). Asimismo se fundaron en España, en Emporie (Ampurias), y en Urso (Osuna), junto a Sevilla. Pero los principales centros coloniales de César fueron Corinto (Laus Julia Corinthus) y Cartago. La colonización de las dos incultas plazas de estos nombres redimió en el año 44 dos de los mas infames hechos de la antigua república. En Oriente, los colonos itálicos se establecieron en la Heraclea bitinia, en Sinope y en la Berito fenicia.

Esta política de nivelación interior de los distintos pueblos bajo la soberanía romana, inaugurada por César y seguida mas ó menos sistemáticamente durante el Imperio hasta el grande acto del emperador Caracalla, sirvió entonces en Occidente para hacerle entrar en la vida romana, influida por

la cultura y la civilización griegas, pues allí donde existía el helenismo, fué conservado y protegido. El incremento, sin embargo, que tomó el romanismo no se debió únicamente a estas nuevas colonizaciones. Levantar la situación agrícola de Italia del estado de postración en que se encontraba y aumentar la población libre de la península no eran reformas que pudiesen conseguirse tan solo por la vía administrativa. Lo que se intentó para poner coto a la usura, para remediar la escasez de matrimonios, para poner un dique al lujo que se desplegaba en los sepulcros y en las mesas, para disminuir la gravedad de las deudas y sus funestas consecuencias, para apoyar en todas partes a la pequeña industria agrícola, y finalmente para regular la existencia municipal, solo en parte y paulatinamente podía servir a aquel propósito. César procuró y consiguió dar al romanismo de su tiempo una mas ancha base etnográfica: con este objeto concedió en el año 49 a los transpadanos el derecho de ciudadanía que les había prometido, extendiendo además el derecho latino mas allá de las fronteras de Italia. En la isla de Sicilia, que se vió libre de la carga del censo y recibió además el derecho latino, no prosperó, segun parece, la idea de romanizar a los sicilios, aconteciendo lo propio en las comarcas celtas de allende los Alpes, donde un gran número de aldeas, como Nemansus (Nimes), Antipolis (Antibes) y Avenio (Avignon), recibieron el derecho latino. En España, César había concedido a la antigua y fuerte Gades el pleno derecho de los municipios romanos, haciéndola entrar en la liga cívica romana. En Africa, Utica obtuvo el derecho del Lacio, y la ciudad de Cirta «Julia», nuevamente anexionada, fué dotada de los derechos de colonia militar romana.

Es muy de notar que el nuevo señor del Estado se cuidó en alto grado del bienestar de las provincias que tanto habían padecido a consecuencia de las largas guerras de los últimos años, del mal gobierno de la oligarquía y de las exacciones y abusos de los banqueros itálicos. En este sentido fué muy provechosa para ellas la medida adoptada de que los grandes funcionarios romanos no pudieran ya obrar como sátrapas independientes, sino bajo las órdenes y la inspección de un superior, medida que dentro de la monarquía y hasta muy entrado el Imperio, puso a los provinciales en condiciones mucho mejores que las que tenían bajo la pasada dominación de los nobles. En la capital, en Italia y en las provincias se conservaron los funcionarios existentes desde tiempo inmemorial, pero su importancia disminuyó de un modo considerable, y desde entonces dejando de considerarse el imperio itálico como concentrado en la ciudad de Roma, la mayor parte de los altos funcionarios tuvieron mas bien un carácter romano-municipal que un carácter de empleados del Estado.

Los gobiernos de provincia siguieron confiándose a los mas elevados romanos procedentes de las filas de los cónsules ó de los pretores (cuyo número se elevó a 16), reservándose sin embargo César la elección de las personas que juzgaba mas convenientes a las provincias. Y como la monarquía fué útil a las provincias, ya que hizo cesar la explotación en que se había convertido la soberanía del pueblo itálico sobre los del Mediterráneo, y puso, así la comarca principal de la nación, como las de los súbditos, bajo el mando de un emperador, la condición de las provincias hubo de mejorar sensiblemente, por lo menos con el tiempo, pues que el gobernador se hallaba bajo la inmediata inspección del emperador, la responsabilidad por cualquier exacción se hacia efectiva, los impuestos eran rebajados y percibidos de distinto modo que hasta entonces, y el ejército estaba en las manos del autócrata gobernante. César, entre todas las provincias, sentía un interés especial por la Galia que él había

conquistado. Esta comarca no le había opuesto dificultad alguna durante las luchas intestinas romanas, pues solo en el año 46 se produjo una rebelión entre los bellocos que fué fácilmente sofocada. La Galia fué por de pronto organizada segun sus necesidades y unida despues á la Narbonense: sobre ella pesaba la contribucion anual de 45 millones de reales; pero en cambio conservó las constituciones de sus distritos y su culto nacional, siendo en todas partes utilizadas las fuerzas del partido romano. El idioma latino fué declarado hasta cierto punto idioma oficial. En el año 44, César dividió la Galia en tres partes, la Narbonense, la Bélgica y el gran territorio central del Loira (con la Aquitania), cada una de las cuales constituyó un gobierno independiente. Dalmacia se nos presenta tambien desde entonces como distrito administrativo independiente.

La historia de la época del imperio nos mostrará de qué modo (desde el momento en que César, en vez de la separacion entre la Italia y las provincias, proclamó el sistema de la union y la igualdad) el colosal agregado de territorios de ciudades, de tribus, y de gobiernos militares agrupados al rededor de la península de los Apeninos se convirtió en un extenso y bien organizado imperio, gracias á los esfuerzos de los posteriores emperadores y á la lógica de los hechos; y de qué suerte todos los pueblos del imperio fueron recibiendo el pleno derecho de ciudadanía. Durante el gobierno de César solo se prepararon ó crearon una parte de las instituciones generales de la nacion: el mismo César que mandó verificar la medicion y el catastro del territorio nacional, preparó la formacion de un sistema general de impuestos que habia de permitir al gobierno central enterarse minuciosamente del estado de la poblacion y de sus riquezas. De importancia suma fué la circulacion de la moneda romana por todas las naciones del antiguo mundo sometidas á Roma: en el Occidente de la nacion circulaba exclusivamente el denario, desde que se habian cerrado las casas de moneda de Masilia, y solo algunas municipalidades pudieron acuñar pequeñas monedas de plata y de cobre, segun la tasa romana, para el tráfico local. En los territorios griegos de Oriente, las monedas del país conservaron en él su curso legal, que se extendió tambien al denario, por el cual se contaba oficialmente, ajustándose á él en la proporcion correspondiente las monedas de plata indígenas. César introdujo además como unidad monetaria el oro, conservándose hasta los tiempos de Neron las dos unidades. Entonces las barras de oro fueron sustituidas por monedas acuñadas. El áureo de César, la primera moneda de oro de la nacion, cuyo peso normal era de 8486 gramos, ó $\frac{1}{4}$ de libra, equivalia á 100 sesteracios de plata, ó sea á unos 115 reales de nuestra moneda. De mayor importancia todavía fué, durante muchos siglos, la reforma del confuso calendario romano, llevada á cabo con el auxilio del matemático alexandrino Sosígenes. El nuevo calendario juliano apareció en 1.º de enero del año 45 antes de Jesucristo; siendo desde entonces el primero de enero el término del año oficial.

La obra de César se completó con la organizacion del ejército: César no tenia intencion alguna de dejar que en su nacion subsistiera una soberanía militar, y su conducta para conseguir este objeto fué tan decisiva, que, á pesar del fundamento militar de la nueva monarquía romana, y á pesar de la gran preponderancia que despues de la muerte de César conservó durante muchos años en la nacion el militarismo, su heredero y sucesor Augusto siguió con gran decision y energía las huellas por él trazadas. César trabajó cuanto le fué posible para subordinar el poder militar á la existencia civil. El ejército vencedor de la guerra civil, despues de haber recibido crecidas pagas, fué licenciado y dotado de di-

versas porciones de terreno, diseminándose en su mayor parte por toda la Italia, y estableciéndose en grandes masas únicamente en los territorios campanios. César echó los fundamentos del sistema que despues prosiguió Augusto, bien que separándose de él en algunos puntos principales. El ejército, del cual y en triste modo huían cada vez mas las clases elevadas de Roma, debió formarse, en cuanto á las legiones, es decir, á la infantería de línea, con la burguesía romano-italica: la duracion del servicio hubo de reducirse notablemente, debiendo además verificarse frecuentes cambios en el personal de las legiones, y luego se aceptó un plan, en virtud del cual se alejaba al ejército de Italia, se concentraban las tropas en las fronteras del reino y se destinaba á los soldados, terminado el tiempo de servicio, á fundar nuevas colonias. La caballería y la infantería ligera se formaron con los provinciales. La direccion superior de las legiones, puestas bajo las órdenes de comandantes ó tribunos militares, la confió César á legados, con poderes pretoriales, que él mismo nombraba: el mando supremo del ejército estaba en sus propias manos.

V.—GUERRA EN ESPAÑA. BATALLA DE MUNDA

César no pudo disponer de tiempo suficiente para completar estas extensas reformas y otros importantes planes, entre los cuales se contaba la creacion de una gran biblioteca en Roma. El descontento del resto de pompeyanos y republicanos que de Africa se habian trasladado á España, era tan grande, y el estado de la provincia meridional de la península pirenaica tan complicado, que no fué difícil á los emigrados, con el auxilio de las masas de habitantes descontentos, con el de los colonos romanos y con una parte de las antiguas tropas pompeyanas que allí se habian establecido, formar 13 legiones, con las cuales los hijos del gran Pompeyo, Cneo y Sexto, el anciano Labieno, Attio, Varo, y otros, encendieron nuevamente la guerra. Los jefes y las tropas que, al regresar de Africa, habia enviado César á España (julio del año 46), no pudieron dominar la sublevacion, que cada día tomaba nuevo incremento. En vista de esto, hubo de acudir en persona el dictador al teatro de la lucha, saliendo de Roma en noviembre del propio año y tomando en Bética el mando de su ejército. César dió comienzo á la guerra desde Obulco, atacando á Córdoba, á fin de conseguir que Cneo Pompeyo abandonara el sitio de la cesariana ciudad de Ulia; conseguido esto, se dirigió hácia Ategua, ciudad situada en la orilla derecha del Guadalquivir, y cuando ésta, despues de una tenaz resistencia, hubo de rendirse, en 19 de febrero del año 45 (segun el nuevo calendario Juliano), el ejército pompeyano retrocedió primero hácia Hispalis, y luego á la comarca de Granada, y tomó fuertes posiciones en Munda, al norte de la actual Ronda, en la línea de Córdoba á Gibraltar (1). Allí fué á atacarles César al frente de solo 8 legiones.

(1) El autor sigue aquí la relacion de Hircio (*de bello hispanico*) que siguieron tambien Morales, Mariana y otros autores; pero está demostrado que la *Munda* de la provincia de Málaga, cerca de Ronda, no es la *Munda* donde se dió la batalla. Sexto Pompeyo se hallaba en Córdoba y su hermano Cneo sitiaba á Ulia (hoy Montemayor, á cinco leguas de aquella capital) cuando César marchó sobre Obulco (hoy Porcuna, á cinco leguas de Jaen) desde donde se dirigió hácia Córdoba. Levantado el sitio de Ulia, el ejército pompeyano se retiró hácia Hispalis (Sevilla) y César le siguió, sitiando y rindiendo entretanto á Ategua. Los pompeyanos rehechos en este tiempo, volvieron á la provincia de Córdoba y tomaron posiciones en Munda, que segun todos los indicios y circunstancias de territorio, y segun la opinion de los investigadores modernos, estaba situada donde hoy está Montilla, á seis leguas de la capital. Por eso pudo finalmente Sexto Pompeyo despues de su derrota refugiarse en Córdoba con los restos de sus tropas, mien-

La guerra hasta entonces habia sido llevada por ambos bandos con crueldad y verdadero furor; y su decision estuvo largo rato vacilante en esta batalla, la mas difícil de cuantas César habia librado en aquella lucha de muerte entre ambos adversarios. Cuando, al caer la tarde, el aliado de César, el caudillo mauritano Bogud, penetró en el campo enemigo, y el anciano Labieno se puso al frente de cinco cohortes para lanzarse contra este africano, César aprovechó con gran talento aquel momento oportuno. Su grito de «huyen,» acogido con júbilo por sus veteranos, fué el grito de victoria salvaje que cundió rápidamente por sus filas, llevando la desconfianza y el desórden á las de los pompeyanos, que hubieron de ceder ante el último y enérgico empuje de los cesarianos: 33,000 enemigos perecieron en el combate, contándose entre ellos Attio, Varo, Labieno y Cneo Pompeyo, este último, al emprender la fuga. Solo Sexto Pompeyo pudo refugiarse en las montañas hispánicas, no sobreviviendo de todos los nombres del brillante estado mayor pompeyano, mas que el de Labieno; pues su continuador Quinto, hijo de éste, apareció algunos años mas tarde, tomando parte en una intontona de los abatidos republicanos, que no tuvo éxito alguno.



Labieno

VI.—PLAN DE CÉSAR PARA LA GUERRA DE LOS PARTOS. CAYO OCTAVIO

Despues de haber vencido por completo los restos de los sublevados, y de haber reorganizado la España, regresó César, en setiembre del año 45, á la capital, donde debia proseguir la obra de reforma del Estado y hacer los preparativos necesarios para una nueva y poderosa guerra, no para conquistar nuevos territorios, sino para hacer una manifestacion de fuerza en dos puntos poco seguros. Uno de ellos era la península de los Balkanes, en donde el gobernador romano de Macedonia habia sido vencido por las salvajes tribus de las fronteras del Norte y del Nordeste, y en donde era una verdadera necesidad militar hacer llegar hasta el Danubio las fronteras del reino. El otro eran los territorios fronterizos del Eufrates, donde debia vengarse la muerte de Craso, sojuzgar á los partos y restablecer en Oriente la aureola del nombre romano. Esta expedicion, para la cual se hicieron rápidamente todos los aprestos necesarios, podia ser considerada como una guerra nacional, y debia servir para desviar el inevitable descontento del interior del reino y dirigirle contra los enemigos de Roma en el Iran.

La duracion de la guerra de los partos, que se inauguró en la primavera del año 44, se habia calculado en tres años. Grandes preparativos se habian hecho para esta lucha; una parte de las tropas estaba ya en Macedonia y se habian designado muy de antemano los grandes funcionarios que entre tanto habian de ejercer sus funciones en el reino y en las provincias. Súpose entonces que César se disponia á ponerse inmediatamente en marcha.

En la ciudad griega del Epiro, Apolonia, un favorito de César, uno de sus mas próximos parientes, esperaba la llegada del gran general, bajo cuya direccion pensaba estudiar prácticamente la guerra y sus contingencias. Era este Cayo Octavio, jóven de diez y ocho años, nacido en Roma en 23 de setiembre del año 63, hijo del excelente patricio del

tras su hermano Cneo huía hácia Carteya, y allí se embarcaba perseguido por su mala fortuna que le llevó á una muerte poco gloriosa. Sexto desde Córdoba, y antes de ser sitiado allí por César, huyó á la Celtiberia. (N. del T.)

mismo nombre y de Atia, hija de Julia, hermana menor de César, y sobrino, por tanto, del imperator. César, que, desde la muerte de su hija Julia, se encontraba sin hijos, se habia interesado vivamente por el jóven que tanto prometia, especialmente habiéndole la muerte arrebatado al padre cuando apenas contaba cuatro años. César tomó á su cargo la educacion del niño, y llegado que hubo éste á la edad adulta, se cuidó de hacerle entrar en la vida pública. Mientras el jóven, rodeado de sus amigos, entre los cuales el inteligente M. Vipsanio Agripa, nacido de familia humilde en el propio



El jóven Octavio (Augusto)

año 63, ejercia sobre él poderosa influencia, completaba en Apolonia sus estudios y se instruía militarmente entre las tropas allí reunidas, recibió la triste noticia de que el gran imperator habia perecido bajo el puñal homicida de algunos conjurados republicanos.

VII.—CASO Y BRUTO. MUERTE DE CÉSAR

La batalla de Munda habia puesto fin á la resistencia abierta del partido vencido contra César; pero entonces comenzó un nuevo y funesto período para el Estado romano, que se prolongó hasta los sangrientos días anteriores al advenimiento del emperador Diocleciano, y durante el cual las conjuraciones atentaron continuamente contra la vida de los emperadores, á nombre del partido republicano. Las dificultades interiores comenzaron precisamente para César en el momento en que, vencedor en Africa, regresó á Roma. Desde que el nuevo señor del Estado se hubo propuesto establecer un régimen de benevolencia, aunque enérgico, no quiso continuar siendo jefe de partido. La nueva monarquía no debia fundarse en la destruccion de los pompeyanos y republicanos, sino en la armonía y en la desaparicion de los antiguos colores políticos de los partidos. Con este objeto, César, llevado por un lado de su natural bondad y de su grandeza de alma, y por otro de su claro conocimiento de la situacion, no solo mostró hácia sus enemigos una benevolencia, desconocida por completo hasta entonces en tales luchas, sino que llamó á los hombres inteligentes del opuesto bando, que quisieron servir al Estado, confiándoles los cargos públicos, sin prevencion alguna. Pero ni su inteligente, enérgico y benévolo gobierno, ni su conducta conciliadora lograron desarmar á sus enemigos. La cólera que sentian los antiguos republicanos aristocráticos al ver la ruina del antiguo Estado senatorial, no